

Fuera de VALIJA

LOS ESTADISTAS Y EL CASO
ESPAÑOL

ES admirable la seriedad con que algunos estadistas extranjeros afirman que el problema de España debe ser resuelto únicamente por los españoles, y que a éstos corresponde derribar a Franco y cambiar el gobierno, si así les place. Lo declaran solemnemente, para que todos sepamos que ellos respetan el derecho de los pueblos a gobernarse como quieran, y que para nada piensan intervenir en el pleito español. Suponer en ellos otra actitud sería ofenderlos y creer que son capaces de intervenir en la política interior de otro país. Este principio de neutralidad parece tan excelente, que hasta los mismos españoles hemos acabado por creer que somos nosotros solos quienes tenemos que derribar a Franco e implantar un gobierno a nuestro gusto. Parece como si no hubiéramos tenido antes un gobierno establecido por la voluntad de los españoles y como si fuéramos nosotros los que hubiésemos llevado a Franco al poder. Olvidan, por lo visto, esos escrupulosos estadistas que fueron ellos mismos—o sus predecesores al frente de sus mismos países— quienes ayudaron a Franco a derribar el gobierno que se habían dado libremente los españoles. Lo ayudaron por acción o por omisión. Lo ayudaron al negar al gobierno legítimo de España la posibilidad de adquirir los medios de lucha para contrarrestar la ayuda militar de Hitler y de Mussolini al insurrecto Franco. Lo siguen ayudando hoy, vendiéndole petróleo, algodón, carbón, trigo, todo lo que necesita, en fin, y puede comprar. Pero los estadistas hablan como si fueran irreprensiblemente neutrales y no tuvieran ninguna culpa en lo que ocurre en España.

Contribuyeron activa o pasivamente a dejar al pueblo español inerte, amordazado, extenuado, ensangrentado, y ahora dicen tranquilamente que sea el pueblo español quien recobre la libertad por sus propios medios.

Nuestro caso se parece al de un pacífico transeúnte que fuera maniatado, robado, herido por unos malhechores, con la complicidad de la policía, y a quien los agentes le explicasen que a él le correspondía el honor de perseguir y detener a los atracadores. La semejanza del caso sería mayor si antes del suceso los policías hubiesen quitado al pacífico transeúnte el arma que llevase para su defensa. O le hubiesen impedido adquirirla con su dinero. Lo que viene a ser lo mismo. Figurémonos a los policías delante del pacífico sujeto herido y maniatado, y explicándole que ellos detestan a los asaltantes, pero, que, en último caso, es un asunto entre éstos y él.

La neutralidad de los estadistas sería lógica si hubiesen privado a Franco de todo el apoyo que le prestaron, o permitieron que le prestaran, y hubiesen restituido al gobierno republicano todos los medios legítimos de defensa que le negaron indebidamente. Debían empezar por retirar el reconocimiento a Franco y otorgárselo al gobierno republicano español, precisamente como prueba de neutralidad, para no apoyar con su reconocimiento un movimiento sedicioso, lo que constituye la forma más odiosa de intervención. Después debían obligar a Franco a devolver todo el armamento que recibió de Hitler y de Mussolini, e inmediatamente facilitar al gobierno republicano todo el material de guerra que tenía derecho a adquirir para mantener el orden en España y que

le negaron faltando a todos los principios internacionales. Una vez hecho esto, sería lógico declararse neutrales y decir: "Ahora que se arreglen los españoles".

Pero los estadistas, no sólo sostienen que el problema de España lo deben resolver los españoles, sino que, además, pretenden que lo resuelvan sin molestias para ellos. Es como si los policías cómplices del atraco a que antes me refería, le dijese a la víctima: "Detenga, si puede, a los malhechores, pero, cuidado con armar escándalo".

"Uno de los motivos que alegan los estadistas para declararse neutrales es el temor de lo que pueda pasar en España. No el temor de lo que pasa, sino de lo que pueda pasar. Les parece tolerable que los falangistas asesinen a quienes no lo son, pero se estremecen ante la idea de un futuro tumulto popular en el que quienes no son falangistas maten a algún falangista que otro. Encuentran muy respetable desde el punto de vista religioso que los obispos profanen los templos recibiendo al asesino Franco bajo palio y que los curas delaten a los rojos; pero no tolerarán que luego haya "persecución religiosa". Ninguna protesta formulan porque se haya despoja-

do de sus bienes a todos los republicanos, se les impida el ejercicio de su profesión, se les arruine y se les condene a morir de hambre; pero ya están poniendo el grito en el cielo por si vuelve una República que ellos suponen desde ahora "explotadora, anticapitalista y marxista". Como no saben lo que pueda pasar luego en España cuando caiga Franco, se hacen ya los desentendidos y jingon no saber lo que está pasando ahora allí bajo el régimen de Franco.

Los estadistas tienen relaciones con Rusia, brindan con Stalin y elogian al Ejército Rojo, pero temen que España caiga bajo la influencia soviética. Si se les dice que la influencia soviética sólo podrá producirse por la falta de solidaridad democrática, entonces conciertan un nuevo trato con Franco para venderle más petróleo.

Los estadistas no reconocen al gobierno republicano en el destierro porque no figura en él la representación de algún sector de la emigración, y, en cambio mantienen su reconocimiento al gobierno de Franco, en el que no figura la representación de ninguno.

Los estadistas, en fin, que se ocupan de los asuntos de Hungría, de Yugoslavia, de Irán, de China y de las cinco partes del mundo, afirman que no deben intervenir en los problemas interiores de otro país.

Y todo eso lo declaran los estadistas con una absoluta seriedad de estadistas.

EL VALIJERO

7
5 Enero 46
A.P.C.E.
SIG.: J.2G/1181